



Los portugueses de Angola durante los siglos XIX y XX

La comunidad portuguesa de Angola es una de las comunidades europeas más antiguas de África. Su presencia se remonta a la época de los descubrimientos portugueses de los siglos XV y XVI. El primer contacto portugués con Angola fue el descubrimiento del río Congo por Diogo Cão en 1482. El navegante estableció el primer contacto con el poderoso reino del Congo, que se extendía al sur del tramo final del gran río. La relación entre Portugal y el Congo, amistosa al principio, pronto degeneró en una relación semicolonial, intentando Portugal convertir el Congo en una fuente de esclavos para las plantaciones de caña de azúcar de la isla de São Tomé y, posteriormente, de Brasil. En el Congo se estableció una próspera comunidad de traficantes de esclavos que trataba de manipular e influir en la política del reino. En 1555 los portugueses fueron expulsados del Congo para acabar con sus intromisiones en los asuntos del reino.¹

Los traficantes de esclavos buscaron ávidamente un lugar que pudiera reemplazar al reino del Congo. Buscaban no sólo un mercado de esclavos, sino también un lugar en el que pudieran manipular a gusto a los gobernantes. Al sur del Congo se extendía el reino vasallo de N'dongo, poblado por miembros de la etnia mbundu, cuyo rey, llamado N'gola, acabaría por dar nombre al país. Los traficantes pronto se fijaron en él. Era un país próspero y poblado, susceptible de suministrar muchos esclavos, y con un gobierno más débil que el del Congo. En 1571 Paulo Dias de Novais, un noble portugués, consiguió del rey Sebastián de Portugal una carta para la conquista y explotación de Angola. Inició la conquista de N'dongo en 1575 fundando la ciudad de Luanda en la costa, cerca de la desembocadura del río Cuanza, que se preveía como una magnífica vía de penetración hacia el interior.

Novais y sus sucesores mantuvieron duras luchas contra N'gola pero hacia finales del siglo XVI habían establecido una sólida posición en la zona costera del reino y las tierras inmediatamente adyacentes. A lo largo de la ribera del Cuanza levantaron tres fortalezas para consolidar su posición, así como todo un rosario de *feiras*² y puestos fortificados en el interior de N'dongo para comprar esclavos. El resultado fue el establecimiento de la única colonia europea auténtica que hubo en el África

atlántica entre Senegal y Sudáfrica, y la creación de una comunidad portuguesa insertada en medio del África tropical. Era, ciertamente, una colonia pequeña. Se limitaba a Luanda y las fortalezas y *feiras* de sus alrededores. En 1617 se les unió la ciudad de Benguela, en la costa sur, y otra serie de *feiras* fundadas en la zona de los reinos ovimbundus, vecinos de la nueva colonia, para abrir un nuevo mercado de esclavos. En total, la Angola anterior al siglo XIX no hacía más de 150.000 km² de los más de 1.200.000 del estado actual.³

Angola era una colonia esclavista que vivía por y para el tráfico de esclavos. Con el tiempo se estableció una relación simbiótica entre Angola y Brasil, receptor principal de los esclavos angoleños. A tal punto llegó esta relación que se dice que Angola es la «madre negra» de Brasil. De hecho, Brasil ejerció un papel de metrópolis más activa que Portugal. La mayor parte de los traficantes de esclavos, militares y funcionarios blancos que se establecieron en Angola eran brasileños. Incluso la expedición que liberó Luanda de la ocupación holandesa en 1648 se organizó en Brasil.

La sociedad angoleña estaba organizada para el tráfico de esclavos. En la costa residían los traficantes que, a su vez, tenían sus representantes en las *feiras* y fortalezas del interior, que eran quienes compraban los esclavos a los jefes africanos. Debido a la escasa población blanca y a su elevada mortalidad, pronto surgió una clase de mestizos que ocupó el papel de intermediario entre europeos y africanos. La diferencia con otras colonias fue que en Angola, ante la escasez de blancos, estos mestizos llegaron a ocupar los más altos cargos de la administración y el comercio, y llegaron a ser tratados casi en pie de igualdad por los portugueses continentales y los brasileños.⁴ Es por eso que debe hablarse de «los portugueses de Angola» y no «los blancos de Angola», porque en Angola el sentimiento de pertenencia a la nación portuguesa no se ha identificado solamente con la raza, y, de hecho, parte de la historia de Angola en los siglos XIX y XX es la de cómo la elite mestiza fue alienada progresivamente de la nacionalidad portuguesa y acabó creando el nacionalismo angoleño.

■ Angola en el siglo XIX

La situación social, política y económica de Angola sufrió un cambio brutal en 1822 con la independencia de Brasil, pero aún más cuando este país prohibió el tráfico de esclavos en 1850. En la Angola esclavista, los mestizos ocupaban un lugar preferente. Unas cuantas grandes familias copaban el tráfico de esclavos y negociaban directamente con los navieros brasileños. De entre estas grandes familias solían salir los funcionarios menores del Estado y también algunos de los altos cargos de la administración y el ejército. Estas familias intentaban casar a sus hijas con los

blancos de la colonia, de manera que había un proceso continuo de blanqueo. La comunidad blanca se reducía a los cargos más importantes, como el gobernador o los generales, y a algunos grandes traficantes brasileños o sus representantes.

Estas grandes familias tenían sus representantes en las poblaciones del interior que, a su vez, eran quienes estaban en contacto con los reyes locales para obtener los esclavos. Estos representantes eran también mestizos. Los mestizos del interior intentaban, a su vez, casarse con los de la costa en un intento de blanquearse. Tanto unos como otros intentaban llevar un tipo de vida lo más europeo posible para diferenciarse del resto de la masa africana. Era una cuestión de prestigio. Se llamaban a sí mismos *nativos* o *filhos do pais*⁵⁽⁴⁾ para distinguirse de los africanos o *gentios*.⁶

El fin del tráfico de esclavos dejó a esta clase, tanto racial como cultural, sin su medio de vida. Intentaron establecer una economía de plantación para la exportación en las tierras que tenían, pero la experiencia fracasó. Su otra salida, el funcionariado público, se vio cada vez más dificultada porque la independencia de Brasil también trajo consecuencias para Portugal. La colonia sudamericana era el núcleo central del imperio portugués y la principal fuente de ingresos del Estado. También hay que tener en cuenta que Brasil era el principal destino de la emigración portuguesa. Los campesinos pobres y sin tierra del norte del país y de las islas atlánticas emigraban a la colonia americana y evitaban la explosión de un conflicto social.

A pesar de la independencia, Brasil continuó siendo el destino principal de los emigrantes portugueses hasta 1930.⁷ Revertir este flujo hacia las colonias portuguesas era un tema de Estado. Durante el siglo XIX encontrar un «nuevo Brasil» se convertirá en una obsesión para los políticos portugueses. Este nuevo Brasil debía encontrarse entre las colonias africanas de Portugal, y la candidata mejor situada era Angola.

En consecuencia, los gobiernos portugueses aumentaron progresivamente su control sobre la colonia y trataron de estimular la colonización blanca. A eso se unió a partir de 1870 el inicio de la carrera por África entre las potencias europeas, que obligó a Portugal a conquistar todo el territorio que reclamaba, ya que en la conferencia de Berlín se estableció el dominio efectivo como único criterio válido para que se aceptara la reclamación sobre un territorio.

Sobre el terreno las nuevas circunstancias se reflejaron en una nueva política de cara al ejército y la administración. Si hasta entonces habían estado en buena parte en manos de los nativos, a partir de entonces se promovió su ocupación por metropolitanos. La excusa era que se suponía que los portugueses continentales no se dejarían influir tan fácilmente por las presiones del ambiente, y evitar así las históricas

connivencias entre la burguesía local y los funcionarios, de la que la tolerancia ante la trata ilegal de esclavos era una buena muestra. Con la trata eliminada, a la elite nativa también se le iba cerrando poco a poco el camino del empleo en la función pública.

Paralelamente, se estimulaba la llegada de más inmigrantes blancos. La conferencia de Berlín puso a los gobiernos portugueses un tremendo problema: debían conquistar y dominar los territorios que reclamaban. Para ello lanzaron una serie de agresivas campañas militares y fundaron toda una serie de nuevas *feiras* y fortalezas en el interior. Muchas de ellas fueron pobladas con *degradados*, convictos condenados al exilio en las colonias. A su vez, se intentó estimular la colonización agrícola para asegurar el territorio. En 1849 se fundó la colonia de Moçamedes,⁸ al sur de Benguela, con 170 portugueses de Brasil. Pronto, la nueva colonia desarrolló el cultivo de caña de azúcar y se creó un nuevo núcleo de colonización y penetración hacia el interior, en el sur de Angola.

Precisamente, la colonización agrícola fue el inicio de otro motivo de descontento de la población nativa hacia los blancos recién llegados. Con el aumento de los precios del café a finales del XIX, muchos blancos trataron de establecerse como plantadores. Para ello presionaron sobre los gobiernos metropolitanos para que legislaran sobre las tierras y el trabajo de los indígenas. Finalmente, se aprobó una ley que dictaminaba que todas las tierras vacías o de las que no se pudiera demostrar legalmente, es decir con documentos, la propiedad, pasaban a ser del Estado, el cual las podía vender o arrendar a un tercero. El problema era que, según las costumbres africanas, la propiedad de la tierra era colectiva, del clan, no individual, y que la mayoría de clanes no tenían ningún tipo de documento que acreditara su propiedad. Las tierras comunes del clan podían ser usufructuadas por todos sus miembros. Los nativos del interior, muy vinculados a sus familias africanas, usaban este derecho y obtenían de esas tierras buena parte de sus ingresos. También tenían tierras propias, pero raramente podían probar documentalmente ese hecho. Los colonos blancos recurrieron incluso a la violencia para obligar a indígenas y nativos a entregarles sus tierras. La cuestión se agravaba porque las nuevas leyes reconocían a los habitantes «civilizados» de las colonias la ciudadanía portuguesa. Los indígenas estaban obligados a trabajar para el gobierno o para los colonos. A los indígenas se les podía eximir de la obligatoriedad «moral y legal» de trabajar si demostraban tener medios de subsistencia propios o un empleo. Para muchos nativos del interior estas leyes supusieron su equiparación con los indígenas al perder sus tierras y la entrada en la rueda del trabajo forzado.

Como respuesta a esta situación, a finales del siglo XIX la elite nativa de Angola empezó a generar un sentimiento de angolanidad basado en la raza y opuesto a los colonos blancos. Los nativos empezaron a dejar de sentirse portugueses y a crear el

germen del nacionalismo angoleño. No obstante, al principio siguieron intentando distanciarse de los indígenas, para marcar su proximidad a los blancos, percibidos como «civilizados».

■ La crisis republicana

La crisis estallaría, finalmente, con la llegada de la república portuguesa en 1910. En principio, la instauración del nuevo régimen fue recibido con júbilo en Angola. Los nativos eran fervientes republicanos, que compartían los ideales de igualdad, libertad y fraternidad de sus correligionarios metropolitanos. Estaban convencidos de que el gobierno republicano los trataría en pie de igualdad y atendería sus demandas. La realidad resultó ser otra, muy diferente.

Desde los últimos años de la monarquía, las colonias habían pasado al centro del debate político en Portugal. Se consideraba que el país necesitaba explotar adecuadamente sus colonias para obtener beneficios que ayudaran a su maltrecha economía y, a la vez, terminar la conquista y pacificación de los territorios para evitar las tentaciones de otras potencias, especialmente de Alemania, de apoderarse de las colonias lusas. Para los republicanos esos objetivos pasaban por una política económica desarrollista que favoreciera la economía de plantaciones de cara a la exportación y el aumento de la población blanca en las colonias.

Los gobiernos republicanos otorgaron grandes poderes y autonomía a los gobernadores de las colonias, los cuales sólo estaban sometidos al control del parlamento. Entre sus atribuciones estaba la de legislar. El más influyente de los gobernadores republicanos fue Norton de Matos, que dirigió Angola en dos periodos diferentes, durante los años 10 y 20.

Una de las primeras medidas de los gobernadores republicanos fue establecer la diferencia legal entre los indígenas y los nativos. Se estableció que los africanos que supieran hablar y escribir portugués, poseyeran un empleo o algún tipo de ingreso y tuvieran costumbres europeas, no serían considerados indígenas y gozarían de la ciudadanía portuguesa con todas sus ventajas, entre ellas el derecho al voto. Con el tiempo se generalizó el uso del término *asimilado* para estos negros y mestizos que tenían un estatuto legal diferente al de indígena. Por su parte, los indígenas estaban obligados a pagar un impuesto especial, al trabajo obligatorio para la administración,⁹ y a llevar siempre un carné de indígena, sin el cual no se podía viajar.

El problema para los nativos, sobre todo los del interior, era que la decisión de si un nativo cumplía o no con las condiciones para ser considerado asimilado, dependía en gran medida de la discrecionalidad del funcionario de turno. Con la pérdida

de sus tierras y sus ingresos, muchos de ellos se vieron considerados como indígenas con todo lo que ello implicaba, sobre todo la limitación de movimientos y la obligación del trabajo para la administración.

El tema de las tierras fue otro de los grandes conflictos del periodo republicano en Angola. En 1919 se promulgó una ley de tierras que estableció unas reservas indígenas dentro de las cuales se respetaba el derecho comunal africano.¹⁰ Pero eran muy pequeñas y fuera de ellas toda la tierra de la que no se pudiera demostrar legalmente la posesión pasaba a ser propiedad del estado. Era una vuelta de tuerca a la legislación monárquica. Se produjo una auténtica carrera a las tierras así liberadas por parte de los plantadores blancos, que no dudaron en usar la violencia una vez más para expulsar a los africanos. Muchos nativos del interior perdieron sus tierras, sus ingresos y con ello su estatus de asimilado. Los conflictos fueron especialmente graves en la zona del interior de Luanda, donde se concentraba la población mestiza, y era la única suficientemente pacificada como para establecer una economía de plantación.

En las ciudades, la situación también se degradó para los nativos. Norton de Matos estaba obsesionado con aumentar la población blanca de Angola, la única manera, según él, de poder explotarla y desarrollarla convenientemente. Como la colonización agrícola no atraía a tantos portugueses como él pensaba –su número aumentaba lenta pero constantemente–, pensó en realizar una colonización «administrativa» y llenar tanto como pudiera el funcionariado colonial con metropolitanos. Para empezar, obligó a que todos los empleados del gobierno, excepto los de los puestos más bajos, tuvieran que tener enseñanza secundaria. En aquel momento sólo había en Angola dos o tres instituciones que impartieran enseñanza secundaria. Los nativos tenían los conocimientos para ocupar esos lugares, pero no las titulaciones. Además, Norton de Matos creó una serie de ayudas especiales a los funcionarios blancos por el hecho de tener que vivir en las colonias, el llamado *subsídio colonial*. Mientras los salarios se estancaban, esas ayudas no paraban de crecer, con lo que los puestos en Angola pasaron a ser muy atractivos para los funcionarios portugueses. Los nativos se vieron relegados de los empleos mejor pagados y, a la vez, discriminados salarialmente respecto a sus compañeros blancos, ya que ellos sólo cobraban el sueldo base y no el subsidio colonial.

La consecuencia de toda esta situación fue que entre los nativos fue ganando terreno la ideología independentista. Aunque no estuviera legalizada, la «barrera de color» que separaba las dos mitades de la sociedad angoleña era cada vez más evidente. Ellos, que se habían sentido siempre portugueses y se habían querido separar del resto de la población africana, se veían ahora convertidos en ciudadanos de segunda e intentaron aproximarse ideológicamente a los indígenas, considerando incluso que la base de la nación angoleña era la raza. Un ejemplo de esta aproxima-

ción fueron los conflictos por la tierra de las décadas de 1910 y 1920. Los nativos desposeídos del interior pidieron a los líderes nativos de la capital que representaran sus intereses delante de las autoridades coloniales. Pronto, sin embargo, los líderes nativos pasaron a representar también a las masas indígenas. Norton de Matos y los demás gobernadores republicanos los llegaron a considerar como sospechosos de separatismo y de querer entregar Angola a las potencias extranjeras. Pronto, las sospechas sobre su lealtad se convirtieron en otro motivo para eliminarlos de la función pública. También se prohibieron las asociaciones de nativos y se clausuraron sus periódicos. Alguno de sus líderes acabó incluso en la cárcel.

Cuando Oliveira Salazar llega al poder en Portugal tras el golpe de estado de 1926, en Angola ya se había producido un cambio fundamental: la población portuguesa de la colonia, aquellas personas que se sentían portuguesas, había pasado a ser exclusivamente la población blanca. La dictadura reforzaría esta evolución.

■ **La dictadura de Salazar**

La población blanca de Angola había aumentado significativamente en el siglo XX. A mediados del siglo XIX, eran menos de 2.000, mientras que habían ascendido a 6.000 en 1900. Eran ya 13.000 en 1910 y llegaron a 59.000 en 1930.¹¹ También había habido cambios significativos en su composición. De ser tan solo altos funcionarios, traficantes de esclavos, grandes comerciantes y militares, siempre en contacto y con buenas relaciones con la elite nativa, pasó a haber muchos funcionarios menores, algunos plantadores y un número cada vez mayor de pequeños comerciantes. Eran gente recién llegada a la colonia, sin lazos con la población local y que entraba en conflicto con los nativos por los puestos de trabajo. Pronto empezaron a verse muestras de racismo entre la población blanca hacía los negros y los mestizos, hecho este último insólito en Angola y que los nativos acusaban dolorosamente.

Esta situación acabó por ser legalizada por la dictadura. La barrera de color nunca fue explícita, sino basada en cuestiones culturales, pero no por ello dejaba de estar menos presente. Los no blancos casi desaparecieron de la administración pública y los requisitos para acceder al estatus de asimilado fueron cada vez más exigentes. Los nativos se quejaban amargamente de la obligación de saber leer y escribir que se les exigía, cuando un buen número de portugueses eran analfabetos.

La dictadura de Salazar convirtió las colonias en su justificación ideológica. Era el destino histórico de Portugal desde los tiempos del infante Don Enrique de gobernar y civilizar otros pueblos expandiendo el cristianismo y la cultura europea por el mundo. Como había ocurrido en Brasil, la mejor manera de conseguir este objetivo

era a través de la colonización del territorio por portugueses. El gobierno salazarista intentó por todos los medios aumentar la emigración a las colonias, y la coyuntura económica mundial le favoreció. La crisis de 1929 frenó la tradicional emigración portuguesa a Brasil. La economía brasileña no permitía admitir más emigrantes, pero el depauperado campo portugués seguía generando grandes cantidades de campesinos sin tierras y sin esperanzas. Se seguía necesitando una válvula de escape a este problema social. Las colonias africanas cumplieron este papel, y Angola fue la que atrajo más gente al ser la mayor y más rica de ellas.

Los años que separan el fin de la segunda guerra mundial de 1960 pueden ser considerados la edad de oro del colonialismo portugués en Angola. A mediados de los años cuarenta se produjo un espectacular aumento de la producción de café en la colonia. Con los altos precios del mercado mundial, el cultivo de café era una ocupación muy provechosa. Este aumento de la producción se centró sobre todo en el norte del país,¹² que vivió la misma expropiación de las tierras de los africanos por los europeos que la zona de Luanda había experimentado 30 años antes. Paralelamente, también aumentó la producción de azúcar, sisal, maíz y algodón. Angola se convirtió en una colonia de plantación, en que los intereses de los plantadores tenían un peso determinante. Al ritmo de la economía crecieron las ciudades y, con ellas, las posibilidades de empleo urbano. Las colonias portuguesas tuvieron la peculiaridad de recibir una emigración blanca pobre y poco cualificada, que ocupó puestos de trabajo que en otras colonias fueron patrimonio de los africanos. El caso más conocido es el de los taxistas. También se dedicaron al pequeño comercio, tanto en el campo como en las ciudades, incluidos los barrios negros de chabolas, los *muceques*. Para muchos angoleños negros el rostro del colonialismo fue el *cantineiro*, el tendero que les cobraba precios abusivos y les vendía productos de mala calidad.

La población blanca de Angola siguió creciendo impulsada por las políticas gubernamentales. Eran 80.000 en 1950, 150.000 en 1960 y 330.000 en 1974,¹³ el año anterior a la independencia de Angola y el último del que existen estadísticas fiables. La llegada de portugueses no se detuvo ni con el inicio de la guerra de independencia en 1961. De hecho, el ejército portugués consiguió, a costa de muchas bajas y grandes esfuerzos, contener a las guerrillas y limitar los enfrentamientos a las zonas despobladas del este y sur del país, sin que se tocara ninguna de las áreas económicas vitales. La economía de Angola nunca volvió a ser tan próspera como en los últimos años del colonialismo portugués. Desde 1960 se explotaba el petróleo de Cabinda, y la producción de café aumentó hasta el punto que Angola consiguió situarse como tercer productor mundial en 1973.

Esta economía boyante seguía atrayendo a los pobres campesinos y obreros portugueses. En Angola tenían trabajo y un nivel de vida que en la metrópoli no podían

ni soñar. Además, como en toda colonia, una enorme masa de población africana sometida estaba disponible para atender todas sus necesidades. Cualquier portugués tenía uno o más criados en su casa. Hay que pensar en lo atractivo que resultaba esto para personas de clase social muy baja.

En aquellos años dorados, los portugueses de Angola se dividían en varios grupos sociales. En primer lugar, estaban los grandes empresarios y los altos cargos de la administración. Por debajo, había una gran clase media de profesionales liberales y pequeños funcionarios. A ellos podían unirse los plantadores. La mayoría de estos eran campesinos emigrados de Portugal. Salazar, obsesionado con blanquear las colonias, seguía fomentando las colonizaciones agrícolas, pero la mayor parte de ellas fueron un fracaso. En Angola sólo tuvo una existencia larga la de Ceta, en el sur. Los campesinos preferían aprovecharse de las facilidades para obtener tierras para instalarse como plantadores. Sus necesidades de mano de obra eran cubiertas gracias al trabajo obligatorio. En lo más bajo de la pirámide social se hallaba una gran masa de obreros blancos que competían con negros y asimilados por los trabajos en la industria y los servicios. Había incluso un cierto número de parados blancos, algo impensable en el resto de África. Los *cantineiros* entrarían dentro de este grupo. Era entre esta masa de «proletarios» blancos donde el racismo estaba más extendido, ya que ellos competían directamente con los africanos por los puestos de trabajo.

Es un hecho curioso que la dictadura portuguesa impusiese la legislación más racista que jamás hubo en Angola, y que a la vez proclamara las virtudes del mestizaje. Recurriendo a las teorías luso-tropicalistas de Gilberto Freyre, los ideólogos de Salazar decretaron que los portugueses no eran racistas y tenían una tendencia natural a mezclarse con otras razas. La presencia de comunidades mestizas en todas sus antiguas colonias era prueba de ello. Esta falta de prejuicios les permitía gobernar mejor a estos pueblos y llevarlos por la senda de la civilización y la cristiandad, lo que constituía el destino de Portugal como nación.

Los asimilados de Angola, nativos y negros con estudios, veían las cosas de otra manera. La dictadura no había hecho más que empeorar los problemas que ya padecían desde los tiempos de la república. El régimen de Salazar marcó aún más claramente la diferencia entre los asimilados y el resto de los africanos, a la vez que hacía muy difícil la obtención de ese estatus. En 1950, por ejemplo, solo había 30.000. En la administración y las empresas eran discriminados en favor de los blancos, y además tenían que soportar el desprecio y el racismo constante que impregnaban el ambiente. En el campo, les resultaba imposible defender sus tierras y desde luego era impensable que participaran en los repartos que hacía la administración de la colonia. Siempre eran los blancos los favorecidos. En los años de Salazar, el expolio de las tierras africanas llegó a su punto álgido.

■ La guerra de independencia

No es de extrañar que los asimilados se volvieran furiosamente nacionalistas en estos años. Pronto surgieron tres grupos bien diferenciados. Entre los asimilados bakongo se creó el FNLA (Frente Nacional para la Liberación de Angola). Pronto se escindiría un grupo de ovimbundus del sur que crearían la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola). Entre los asimilados de la región mbundu de Luanda y de las ciudades costeras, como Benguela y Moçamedes surgió el MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola). Los asimilados habían llegado a la conclusión que el colonialismo portugués les excluía y que la única manera de progresar socialmente era a través de la independencia. Ellos, cuyos antepasados habían sido fieles súbditos de la corona lusa, luchaban ahora contra Portugal por obtener su independencia.

La guerra comenzó en marzo de 1961 con un levantamiento en el norte de Angola, organizado por el FNLA, que pronto degeneró en una anárquica y brutal matanza de plantadores blancos. La respuesta del ejército portugués, y de las milicias paramilitares que organizaron los plantadores, no fue menos brutal. Muchos bakongos se refugiaron en el vecino Congo huyendo de los combates. Pronto el MPLA lanzó también su revuelta en la zona de Luanda y en el este. En 1965, la UNITA se unió también a la lucha tomando también el este del país como base de operaciones. Los tres movimientos jamás se unieron, llevaron cada uno la guerra por su lado, e incluso llegaron a luchar entre sí en lo que fue una premonición de la futura guerra civil.

Aunque el ejército portugués pudo contener a las guerrillas de los movimientos de liberación de Angola, la situación era muy diferente en Mozambique y Guinea Bissau. A principios de los años 70 ya se veía que la guerra allí estaba perdida y que, por otro lado, resultaba insostenible para la economía portuguesa. Casi la mitad del presupuesto nacional se dedicaba a defensa, y la población estaba harta de guerra. Muchos jóvenes portugueses eran obligados a realizar su servicio militar en las colonias, lo que veían casi como una sentencia de muerte. Europa se llenó de desertores portugueses. Tras la revolución de los claveles de 1974, los gobiernos provisionales de Lisboa iniciaron conversaciones con los movimientos de liberación para negociar la independencia de las colonias.

La revolución situó a los portugueses de Angola ante una nueva situación: la posibilidad de quedarse en el país que ahora era su casa o regresar a Portugal. Sus respuestas a esta situación los clasificaron en tres grupos. En primer lugar estaban los grandes empresarios y los altos funcionarios. Para ellos la decisión era fácil. Los empresarios deseaban repatriar sus capitales y volver a casa, y los funcionarios volver a

casa ocupando un lugar igualmente destacado en la administración o la política metropolitanas. En segundo lugar estaban los pequeños funcionarios y los profesionales liberales. Muchos de ellos eran personas de ideología izquierdista, opuestos a la dictadura. Habían llegado a amar el país que les había acogido y deseaban permanecer en él. Un país que sabían que iba a necesitar de ellos. Muchos militaban en el MPLA. Prácticamente no había ningún blanco en el FNLA y la UNITA. Estos dos partidos eran vistos como «tribalistas» por los blancos y los miembros del MPLA. Eran partidos fundados por asimilados recientes, personas que no tenían ninguna relación con las elites nativas de la costa ni con Portugal, y a la vez estaban muy enraizados en sus comunidades locales. Eran partidos con una base regional y étnica muy marcada y de una ideología difusa, pero en todo caso muy antiblanca. Además, entre la comunidad blanca de Angola, las matanzas de marzo de 1961 habían dejado una huella indeleble. El miedo al FNLA era una realidad. El MPLA, en cambio, era un movimiento básicamente urbano, liderado por los descendientes de los antiguos nativos y que tenía una ideología marxista y universalista. Los blancos de izquierdas y antisalazaristas eran bienvenidos e incluso llegaron a ocupar cargos importantes.

El tercer grupo de colonos lo constituían los plantadores, los *cantineiros* y los obreros. Para ellos no había vuelta atrás. Todo lo que tenían se lo debían a la Angola colonial. No tenían nada en Portugal, y una Angola independiente solo les ofrecía la competencia con los negros a los que odiaban. Su posición social estaba claramente amenazada. Entre ellos pronto se estableció lo que se ha llamado la «tentación rodesiana», es decir, la independencia unilateral de la colonia para mantener la supremacía blanca. En los primeros meses después de la revolución de los claveles los enfrentamientos en los *muceques* entre blancos y negros fueron frecuentes y en ellos se destacaron los taxistas de Luanda que empezaron a organizar batidas armadas. A su vez, los africanos se vengaron atacando a los *cantineiros*. A finales del verano de 1974 la situación se tranquilizó, gracias al hecho de que ya no quedaban blancos en los *muceques*. Todos habían huido. Más adelante, un grupo de oficiales de derecha del ejército organizó un golpe a la rodesiana con el apoyo de destacados colonos. El 23 de octubre era el día señalado, pero las autoridades portuguesas, enteradas del golpe, consiguieron abortarlo. Fue el fin de las esperanzas de los portugueses blancos de permanecer en Angola gobernándola. Ya sólo quedaban dos opciones: volver a Portugal o adaptarse a la Angola independiente. La mayor parte de blancos optaron por el retorno.

Curiosamente, este retorno se retrasó hasta casi el día de la independencia de Angola, fijado para el 11 de noviembre de 1975. Los blancos tuvieron que ver la guerra muy de cerca para decidirse a partir. Durante el verano de 1975 tuvo lugar la llamada batalla de Luanda, entre los tres movimientos de liberación. El vencedor fue el MPLA, que expulsó a sus competidores de la capital. A partir de entonces ca-

da uno empezó a mover ficha para buscar aliados exteriores y ganar la guerra. El conflicto se internacionalizó. El FNLA contaba con el apoyo del Zaire de Mobutu Sese Seko y de Estados Unidos. La UNITA, con el de la Sudáfrica del *apartheid*, y el MPLA, con el de Cuba y la Unión Soviética. Fue entonces, en el momento en que la amenaza de una guerra a una escala desconocida hasta entonces en Angola se les venía encima, cuando los blancos abandonaron el país a toda prisa.¹⁴ Durante agosto, septiembre y octubre casi 310.000 blancos abandonaron el país.

En Portugal se unieron a los que venían de las otras colonias para formar la amplia comunidad de los *retornados*, de gran influencia todavía hoy en la sociedad portuguesa. Hay que tener en cuenta que Portugal tuvo que integrar a cerca de medio millón de personas sobre una población total que no llega a los diez millones.

■ Epílogo

Podría pensarse que la huida de los *retornados* supuso el final de la histórica comunidad portuguesa de Angola. Ciertamente, la clase dirigente del país, heredera de los nativos de antaño, ya no se siente para nada portuguesa, pero hubo un pequeño número de blancos que decidieron quedarse en el país y mantienen una especie de doble identidad. Son angoleños y se sienten tales, pero también mantienen los lazos con el país de origen. Las dobles nacionalidades angoleñas y portuguesas son frecuentes. Muchos de ellos ocuparon puestos importantes en el partido y fueron parte de la columna vertebral del ejército del MPLA. Muchos de los oficiales del ejército angoleño eran blancos que habían decidido luchar por la independencia de Angola y aplicaban los conocimientos obtenidos en el ejército portugués.¹⁵ Poco a poco, estos blancos han ido siendo relegados a medida que el MPLA y el gobierno angoleño se convertían en una monstruosa máquina de corrupción que sólo admitía a los más allegados al presidente como beneficiarios de los ingentes recursos del petróleo. En cambio esta población ha seguido ocupando un puesto de importancia en la vida cultural del país. Un ejemplo es José Luandino Vieira, uno de los principales novelistas angoleños contemporáneos.

A su vez los *retornados* han mantenido el interés por África en Portugal. En general, tenían un nivel de educación superior a la media portuguesa y pronto ocuparon puestos muy relevantes en la política, la enseñanza y la prensa. Desde esas posiciones han mantenido viva la relación del país con sus ex colonias. Teniendo en cuenta el peso numérico de los *retornados* angoleños sobre el total, también se entenderá que la relación con Angola sea más estrecha. Muchos *retornados* mantienen una relación sentimental con la que para muchos fue su tierra natal, e incluso ahora, con el fin de la guerra, algunos empiezan a volver. Se han dado casos de empresarios que han comprado tierras para reiniciar el cultivo del café, tan importante para

la economía angoleña en el pasado. Aunque muy disminuida numéricamente, no parece que la comunidad portuguesa de Angola, con una tradición de más de 400 años, vaya a desaparecer. Aunque ahora parece ser que se tratará de una comunidad exclusivamente blanca.

1. Sin embargo, los portugueses siguieron interviniendo en el Congo a través de los misioneros y de la ayuda militar cuando el país fue invadido por los jagas, un feroz pueblo acusado de canibalismo. Con el tiempo, las intervenciones portuguesas llevarían al reino de Congo a su desmembración.
2. Los portugueses denominaron *feiras* a los mercados de esclavos, más o menos estables, que se fundaron en el interior de Angola. A su alrededor acabaron por constituirse nuevas poblaciones.
3. Datos extraídos de Pélissier, Réne (1986) *História das campanhas de Angola*.
4. A finales del siglo XVIII un oficial brasileño se extrañaba que a los oficiales mestizos de la milicia de Angola se les permitiera asistir a las recepciones en el palacio del gobernador en pie de igualdad con los blancos. Esto era impensable en Brasil. Boxer, C.R. (1988) *Relações raciais no império colonial português*, p. 37.
5. A partir de aquí usaré el término *nativo* para referirme a la elite mestiza y europeizada de Angola.
6. Para referirme a la población racial y culturalmente africana usaré preferentemente el término *indígena*, que se usó mayoritariamente en el siglo XX.
7. Cerca de un millón de portugueses abandonaron su país con destino a Brasil entre 1850 y 1930.
8. Tras la independencia la ciudad ha sido rebautizada como Namibe.
9. La duración de esa obligación se fijó entre tres y seis meses. Rodrigues, Eugenia (2003) *A geração silenciada*, p. 30.
10. Rodrigues, Eugenia *op. cit.*, p. 38.
11. Datos obtenidos de Pélissier, René *op. cit.*, Clarence-Smith, Gervase (1985) *O terceiro império português (1825-1975)*, y Dias, Jill (1984) *Uma questão de identidade*.
12. Corresponde a la zona donde se ubicó el antiguo reino del Congo. La etnia que lo habita recibe el nombre de bakongo.
13. Datos obtenidos de Clarence-Smith, Gervase, *op. cit.*
14. Una magnífica visión del repentino éxodo de los portugueses de Angola lo da el libro de Ryzsard Kapuscinski (2003) *Un día más con vida*, donde, entre otros hechos de los que fue testigo el periodista polaco, relata la impresión que causaba Luanda convertida en una ciudad de cajas. Cajas donde los portugueses habían empaquetado todas sus pertenencias y que llenaban la ciudad.
15. Una vez más, Kapuscinski fue testigo de excepción de la importancia de estos blancos en los primeros momentos de la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

- BALANDIER, Georges: *La vie quotidienne au royaume de Kongo du XVIe au XVIIIe siècle*. Hachette, París, 1965.
- BENDER, Gerald J.: *Angola: mito y realidad de su colonización*. México, Siglo XXI, 1980.
- BOXER, C. R.: *Relações raciais no império colonial português*. Oporto, Afrontamento, 1988.

-
- CLARENCE-SMITH, Gervase (1985): *O terceiro império português (1825-1975)*. Teorema, Lisboa, 1985.
- DIAS, Jill: «Uma questão de identidade: respostas intelectuais às transformações económicas no seio da elite crioula da Angola portuguesa entre 1870 e 1930» en *Revista internacional de estudos africanos* nº 1 enero-junio de 1984.
- KAPUSCINSKI, Ryszard: *Un día más con vida*. Barcelona, Anagrama, 2003.
- PÉLISSIER, Réne: *História das campanhas de Angola. Resistência e revoltas (1845-1941)*. Lisboa, Estampa, 1986.
- PEZARAT CORREIA, Pedro: *Descolonização de Angola. A jóia da coroa do império português*. Lisboa, Inquérito, 1991.
- RODRIGUES, Eugénia: *A geração silenciada. A Liga Nacional Africana e a representação do branco em Angola na década de 30*. Oporto, Afrontamento, 2003.